

Babú

Roy Berocay

Ilustraciones de Daniel Soulier





www.loqueleo.santillana.com

© 1997, ROY BEROCAY
© 1997, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Constitución 1889, (11800), Montevideo.
© 2001, 2006, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4317-3
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: DANIEL SOULIER

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Berocay, Roy

Babú / Roy Berocay ; ilustrado por Daniel Soulier. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

64 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4317-3

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Soulier, Daniel, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 5.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Babú

Roy Berocay

Ilustraciones de Daniel Soulier

loqueleq

El que tuvo la idea fue el mono viejo.

Estaba ahí, en su jaula, quietito, mientras los otros monos jugaban y chillaban. Era un mono viejo y por eso era el único que recordaba la selva. Aquella sensación de libertad, el aire tibio, la lluvia, los ríos que a veces corrían furiosos entre los árboles. Entonces el mono viejo, que con el paso del tiempo se había convertido en el jefe, al que todos llamaban Babú, miró los barrotes de su jaula.

Y tuvo la idea.

—Tenemos que escapar —dijo bajito, la primera vez, y se puso de pie.

—¡Tenemos que escapar! —chilló luego a todo pulmón levantando sus largos brazos.

Los demás monos dejaron de jugar y se miraron entre ellos. ¿Qué es eso de escapar? ¿Escapar adónde? ¿Para qué? Algunos pensaron que Babú ya era demasiado viejo y que seguro estaba un poco loco. ¡Todos sabían que nadie podía escaparse de aquel lugar!

—Tienen que escucharme —les dijo Babú—. Estamos acá, día tras día, sin hacer nada más que comer y dormir.

—¿Y eso qué tiene de malo? —preguntó un mono joven que buscaba piojos entre los pelos de su madre.

—No podemos salir —aseguró Babú seriamente—. No podemos hacer lo que queremos.

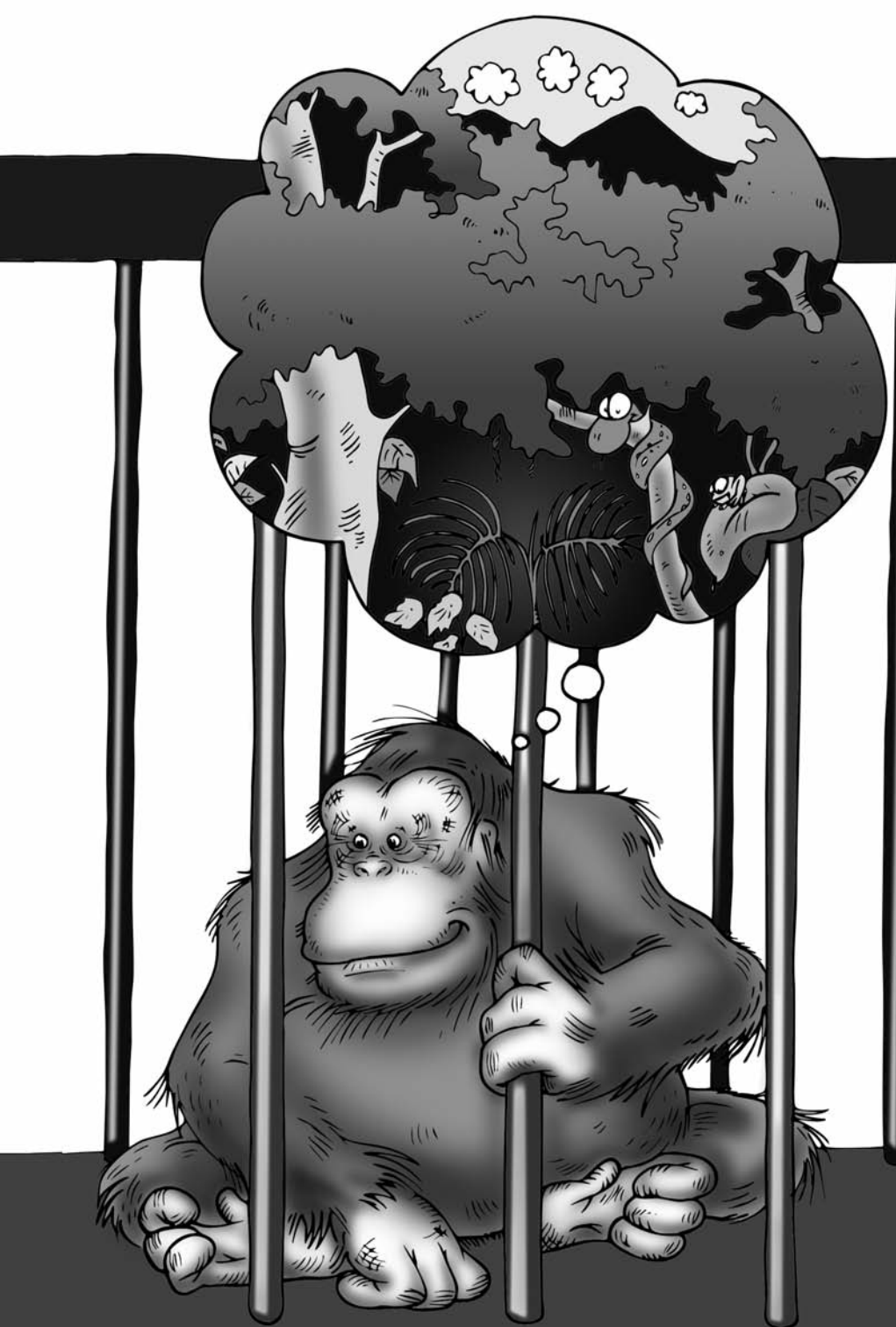
—¡Sí que podemos! —intervino una mona—. Podemos dormir cuando queremos, comemos todos los días...

—¡Y nos trepamos! —dijo el mono joven, se alejó de su madre y subió rápidamente por el alambrado del costado, saltó y quedó colgado cabeza abajo de una hamaca armada con cuerdas. Los demás monos rieron.

—No podemos salir —insistió Babú.

Él pensaba en los árboles altísimos, el alboroto increíble que hacían los monos en la selva cuando sentían peligro. Sonrió. Recordaba cómo sus mayores arrojaban frutas para pegarle al tigre que les rugía desde abajo. Recordaba también las burlas que le hacían y el enojo del tigre cuando se cansaba y se alejaba, jurando que algún día volvería para cazarlos.

Sin embargo, no había sido el tigre, sino el hombre, el que lo había cazado. Babú lo recordaba: un ruido fuerte, como una explosión,



y después un golpe en su brazo. No había más recuerdos. Cuando despertó, estaba en una jaula; y muchos días después, en otra jaula más grande, con decenas de monos asustados, igual que él.

Desde entonces vivía en esa misma jaula del zoológico y todos los días le parecían iguales. Los cuidadores a veces eran buenos con él, porque era viejito y le daban más comida. Los humanos pequeños, que venían los fines de semana, lo ignoraban. Él no hacía monerías, no saltaba del columpio, no se colgaba de la cola, no se arrimaba a los barrotes para extender una mano pidiendo caramelos como hacían los demás.

Babú se quedaba allá, en el fondo, muy quieto, soñando con la selva. Esperando. Y ahora estaba apurado por escapar. A lo mejor era que estaba viejo y sentía que ya no tenía mucho tiempo. Quizá era nomás como decían los otros monos cuando murmuraban que “el viejo está mal del coco”.

—¿Y adónde vamos a ir? —le preguntó al rato un monito de piel más oscura y cara muy cómica, al que todos llamaban Pulguita.

—Lejos —contestó Babú—. Muy lejos, a casa.

—¿Casa? —Pulguita no entendía, siempre había vivido allí, en la jaula. Para él, el mundo era ese lugar medio apretado, donde

comía, dormía y a veces, cuando los mayores no miraban les tiraba pedazos de caca a los otros y se escondía, muerto de risa.

Esa noche, cuando todos dormían, los ojos de Babú brillaban en lo oscuro. Escuchaba el sonido de la ciudad de los humanos, el ruido que hacían esas máquinas que el hombre usaba para viajar, las voces que llegaban desde el otro lado del muro cercano.

De pronto Babú escuchó un sonido fuerte. Se levantó y trató de escuchar mejor. ¿Qué era eso? Sonaba como un gran animal ronco. Despacito se trepó a los barrotes, estiró sus largos brazos y se colgó del fierro más alto para espiar por encima del muro.

Entonces lo vio. Era un enorme vehículo rojo, que tenía como una gran casa atrás: un camión de carga, con una larga zorra cubierta por una lona. El camión había estacionado en la calle justo al otro lado del muro. Allí, a unos pocos metros de la jaula.

Babú hizo un enorme esfuerzo y se acordó de algo importante. Era solo una imagen lejana, pero estaba seguro: la última parte de su viaje la había hecho en un vehículo así.

Se sintió feliz. Solo eran unos pocos metros hasta aquella máquina. Y como era muy inteligente, se daba cuenta de que la única manera de irse era haciendo lo mismo que cuando había venido, pero al revés.

Se bajó. ¡Ah, si solo hubiese una manera de abrir la puerta!

Agarró los barrotes con sus manos y los sacudió. Nada. Era imposible salir. ¡Imposible! Babú se sintió triste y pensó en irse a dormir.

Pero de pronto escuchó una voz. La voz cantaba.

Se paró de un salto y se colocó junto a los barrotes. Allá, bajando por el camino, venía el viejo cuidador. Babú lo miró y sintió algo extraño. Ese era el hombre que venía por las mañanas y les daba de comer; el hombre que abría la puerta cuando los que vestían de blanco venían a curar algún mono enfermo; el hombre que abría la puerta y la cerraba, con un objeto pequeño y brillante.



Babú se dio cuenta de que si lograba tener esa cosa brillante, podría abrir la puerta.

Tenía que hacer algo y rápido. El hombre pasaría por allí en unos segundos.

Entonces miró alrededor y tuvo una gran idea. Juntó unas cáscaras de banana y las puso en el piso, delante de la entrada. Luego se puso a chillar y se tiró al suelo. Hacía tanto ruido, que los demás monos se despertaron y empezaron a chillar como él. Algunos saltaban, otros se tapaban los ojos. Todos creían que el viejo estaba muy enfermo. Pulguita se tapaba los ojos, pero con los dedos abiertos para poder espiar.

El cuidador escuchó el alboroto y corrió hasta la jaula.

—¿Qué pasa acá, qué es todo este lío?
—preguntó en voz alta, como si los monos fueran a contestarle.

Babú seguía chillando. El hombre se acercó a la jaula y encendió su linterna. Era un hombre bueno, que quería mucho a los animales. Todos ellos lo conocían y por eso, a

veces, él entraba en algunas jaulas y no le sucedía nada.

Ahora miraba a Babú, tirado en el piso, dando vueltas, y dudaba. ¿Qué tenía que hacer? Quizá tenía que llamar al veterinario. Pero conocía a ese mono viejo y sabía que era el más tranquilo de todos. ¿Y si le pasaba algo? ¿Si tenía alguna cosa atorada en la garganta? No había tiempo que perder.

Decidió entrar. Sacó la llave y abrió la jaula. Los monos chillaron más fuerte y se alejaron un poco. El hombre avanzó hacia el mono viejo que lo miraba de reojo; y de pronto resbaló y cayó sentado. Entonces Babú se levantó de golpe y ordenó en idioma de mono:

—¡Sígueme!

Pegó un salto, llegó a la puerta que estaba sin tranca y salió. Los demás monos estaban confundidos: nunca nadie había salido de allí. A lo mejor era divertido, a lo mejor era un juego que el viejo estaba inventando. Después de todo, Babú era el jefe y ellos siempre obedecían al jefe, era una ley natural. Pero además, ningún mono dejaría pasar la oportunidad de divertirse un poco y aquella parecía una gran oportunidad. El primero en saltar afuera fue Pulguita. Segundos después todos corrieron y siguieron al viejo y al pequeño.

—¡Vuelvan, vuelvan acá! —les gritaba el cuidador tratando de levantarse.

Babú llegó al muro, lo trepó y volvió a ordenar a los otros monos:

—¡Sígueme!

Todos los monos, que eran como veinte, saltaron el muro y siguieron a Babú hasta la parte trasera del camión. Allí, el mono viejo corrió la lona y de un salto trepó a la caja.

—¡Vamos, vamos, suban!

Los monos le hicieron caso.



Del otro lado del muro había un gran alboroto. Los pájaros habían despertado y gritaban gritos de aves. Los hipopótamos abrían sus bocas de pocos dientes, los elefantes sonaban como trompetas, los tigres y leones rugían, los lobos aullaban y los osos, bueno, los osos no son fáciles de despertar. Los loros pasaron la increíble noticia: los monos se escaparon, cruac, los monos se escaparon, cruac, los monos se escaparon...

—¡Ya entendimos! —les gritaron enojadas las jirafas.

El cuidador corría, no muy rápido porque era viejo, a buscar un teléfono.

Detrás del camión, entre cajas cerradas, Babú ordenaba a los demás monos que permanecieran callados.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntaban unos.

—¿Es un juego? —preguntaban otros.

Babú insistió. Con las manos se tapó la boca, para que todos se dieran cuenta de que había que callarse de una vez; algunos monos se taparon las orejas, otros los ojos. Babú tuvo que mostrarles otra vez. Finalmente hubo un silencio largo y justo en ese momento se escucharon pasos fuera del camión.

Babú estaba asustado. ¿Serían los hombres que venían a atraparlo otra vez?